

SUPERVIVIENTES

Blue

CARLOTA Y LAS SOMBRAS

No funcionó el mechero que le habían dado de propaganda al padre de Carlota y tampoco tenía cerillas. Durante unos minutos se contentó con deslizar el cigarrillo entre sus dedos, jugando con él, hasta que le pudieron sus ansias de fumar.

-Espérame aquí –le dijo a Carlota después de divisar una especie de puesto de revistas en el otro extremo de la sala de espera de la estación de autobuses- Ahora vuelvo.

Carlota no se preocupó mucho por la ausencia paterna. Tampoco se preguntó por qué no le había pedido fuego a algún otro de los que aguardaban en la sala. Estaba demasiado concentrada en marcar un ritmo al balanceo de sus piernas que no tocaban el suelo. Un, dos. Un, dos. Podía intentar repetir aquel ejercicio de la bicicleta que hacía mamá.

Mamá. El recuerdo de la figura femenina llenó de un extraño desasosiego a la niña. Estaría en la estación de Palencia, esperándola. Empezaría a observar toda su ropa, el peinado que llevaba, la colonia que se había puesto, como si hiciese años que no la veía, aunque sólo habían pasado dos días. Quizá diría: “Pero Luis, ¿cómo se te ha ocurrido ponerle el vestido de cuadros? Recuerdo que te metí un jersey y un pantalón en la bolsa para hoy...”

Carlota había descubierto hacía tiempo que a mamá le gustaba discutir con papá. Papá intentaba no contestar, aunque a veces perdía la paciencia. Sin embargo, el padre de Carlota no era el único que estaba nervioso por el reencuentro. Sólo que Carlota no podía calmar su angustia fumando.

-¿Quieres ver las sombras?

La voz le llegó muy cercana. Un chico con pantalones vaqueros y una camiseta negra se sentó a su lado. Carlota dirigió una mirada hacia su padre,

pero le vio a lo lejos, discutiendo algo con el de la tienda de revistas. Después giró la cara para observar al joven que le había hablado. Estaba sin afeitarse, pero la barba rubia le favorecía.

-¿Quieres ver las sombras? –repitió el chico otra vez al ver que había captado el interés de la niña.

Carlota no contestó, pero le miró aún con más fijeza, lo que el joven interpretó como un sí. Con mucho cuidado, desplegó un pañuelo blanco, limpio, y le pidió a Carlota que lo sostuviese delante de ella, tomando las esquinas de arriba con sus dedos. Por el otro lado, el chico comenzó a practicar su magia.

Carlota había visto sombras chinescas otras veces. Pero el chico era habilidoso y el lugar y la forma de ejecutarlas era original. Logró distraer la atención de Carlota lo suficiente como para arrancarle una sonrisa.

-Eso está mejor –dijo el joven cuando vio el gesto alegre de la niña. Con cuidado, recuperó su pañuelo y lo dobló antes de guardárselo. Después se levantó y se fue.

-Ya estoy aquí –anunció el padre de Carlota un minuto después-. Vamos, que perdemos el autobús.

Carlota se lanzó del asiento y tendió la mano para enlazar la de su padre. Mientras avanzaban por la sala, Carlota observó con nueva curiosidad las sombras de ambos en el suelo, dos siluetas a su espalda que se arrastraban detrás de sus dueños, como prisioneras.

Carlota cerró los ojos y pensó cuán diferente sería el mundo si las sombras fuesen libres.

Se imaginó bajando del autobús en Palencia con su padre y yendo hacia su madre que les esperaba, inmóvil. Y, luego, el prodigio. Mientras las tres personas se reunían en silencio sin tocarse, la sombra que proyectaba la madre

extendía sus manos para abrazar las sombras de Carlota y su padre, que se adelantaban a su encuentro, felices.

SI AMANECES SOLA EN PARÍS

La mañana se despereza con el olor del pan recién horneado y los silbidos del repartidor. Hélène oye ascender los canturreos hasta su balcón, pero se queda todavía unos minutos más en la cama, intentando conjurar la frialdad de la otra mitad del lecho.

No le dijeron que París era así. Lo considera mientras inicia su ritual matutino y se prepara una taza de café bien fuerte, que volverá a tomarse sola. Oye un alegre intercambio de saludos y la conversación del repartidor de periódicos con la dueña del quiosco. Y piensa en Gérard.

Gérard, que cree que París es la ciudad del otoño, donde el cielo siempre se enluta de gris. Gérard, que ha abandonado su cálida Provenza, arrastrándola detrás a ella, para emplearse en un rotativo por las noches. Gérard, que llega de su trabajo con el cuerpo vencido y pone gesto de protesta cuando Hélène le ruega salir a pasear por la urbe inmensa.

Así que, mientras Gérard duerme sus horas, Hélène se va recorriendo las calles de París en solitario, descubriendo los rincones que no figuran en las guías turísticas, oliendo las flores de los jardines privados, ojeando libros en la biblioteca, descalzando los pies en los parques.

Le dijeron que París era la ciudad del amor, donde las luces incrementan el romanticismo del lugar, y los amantes se pasean por la ribera del Sena y se hacen inmortalizar por los artistas que trazan sus esbozos en los alrededores del Pont Neuf.

Pero Gérard ve un París diferente, agresivo, donde la noche se abre como una ratonera que le engulle a él y a otros infelices que han tenido la desgracia de caer presos de su magnetismo.

Un joven interrumpe los pensamientos de Hélène mientras ella frota los talones desnudos por la hierba del parque donde ha detenido su paseo.

-Te veo venir cada día... mi nombre es Jean-Jacques,  y el tuyo?

Hélène alza el gesto, sorprendida, y descubre una sonrisa blanca que contrasta con el azul del cielo.

-Me llamo Hélène.

-Bonito nombre... Hélène...  te gustaría ir al cine esta tarde?

Ella sacude de inmediato la cabeza.

-Gérard...quiero decir, mi marido, me espera en casa. Debo irme.

El joven combate su decepción con humor.

-Claro, claro.  Sabes? Si amaneces sola en París es un delito.

Hélène le devuelve la sonrisa y se calza de nuevo. Mientras camina de regreso a casa se pregunta si es posible que la huella de la soledad ya se esté dibujando en su rostro, si Gérard ya se habr a despertado cuando regrese y si debe comprar otra manta, ahora que se aproxima el invierno.

La entrevista

Siempre llueve en las ciudades tristes, por eso a Sylvia le reciben unas sucias gotas al abandonar el resguardo de su portal. Aquella tarde no le da importancia a la lluvia. Está nerviosa y repasa mentalmente el equipo que necesitará para su gran entrevista: la grabadora, una pequeña agenda, lápices, un bolígrafo y un set de maquillaje para retocarse justo antes de encontrarse con su entrevistado.

Sylvia cuenta con dos buenas armas en su tarea: es bonita e inteligente. Cuando lo primero no le abre puertas, lo hace lo segundo; así funciona el mundo. Por eso ha sido la afortunada elegida para hacer un reportaje sobre Mo Davison, el solista del grupo de rock *Crow & Raven*, que se retiró hace dos años de la música y que parece no tener intenciones de volver, aunque aún no ha alcanzado la treintena.

El apartamento de la estrella está en uno de los barrios residenciales de las afueras. Después de estacionar, Sylvia se retoca rápidamente la línea negra que perfila sus ojos aguamarina e intenta domesticar sin éxito los mechones castaños que le caen graciosamente sobre la frente.

Nadie responde a sus tres largos timbrazos, así que está a punto de irse cuando la puerta se abre de golpe. Un hombre vestido solamente con unos vaqueros sin abotonar se perfila en el umbral.

“Es Mo Davison”, piensa Sylvia, deslumbrada. Aunque el torso desnudo del hombre revela un ligero sobrepeso, su imponente altura mitiga el efecto. Además, luce barba de dos días y la melena oscura le cae libre y ondulante sobre los hombros.

-Supongo que eres la maldita periodista.

Sylvia intenta sonreír a aquel fenómeno de ojos enrojecidos, que conserva todo su atractivo recién levantado... a las siete de la tarde.

-Sí, además de inoportuna, también soy periodista.

Durante un intervalo que se le hace interminable, Mo Davison estudia con descaro la figura de Sylvia.

-¿Esto es el control para acceder al Ministerio del Interior? Y sus ojos tienen rayos X, supongo, y está buscando metales. Pues no se preocupe, le doy mi palabra de que no voy armada.

Mo sonríe por primera vez, y se hace a un lado en una muda invitación a dejarla entrar.

Es un apartamento minimalista, toma nota Sylvia mentalmente. Hay pocos muebles, predominando el negro y el blanco y las paredes no están empapeladas con sus discos y éxitos, como cabría esperar.

Mo no pregunta qué quiere beber, le sirve agua sin gas y él se pone lo mismo.

-Quizá prefiera vestirse antes de que empecemos la entrevista –sugiere Sylvia con aplomo.

-¿Vestirme? –dice el cantante, primero con extrañeza, y enseguida viene la broma fácil-. Debo estar perdiendo facultades, porque las chicas siempre me piden lo contrario.

Pero se levanta y se dirige a otra habitación, en respuesta a la demanda de Sylvia. Mo regresa con una camiseta negra y los pantalones bien abotonados.

-Señor Davison, sabemos que usted abandonó su carrera musical hace dos años. Además, se rumorea que no volverá con su grupo, *Crow & Raven*, aunque ser solista de ellos le sirvió para alcanzar la fama. Somos la única revista a la que ha querido conceder una entrevista desde su marcha del grupo, por lo que le agradecemos el gesto y esperamos estar a la altura de esta

oportunidad. Queremos pedirle que nos cuente cómo ha sido su vida como cantante de rock, ahora que tiene la doble experiencia de haberlo observado desde fuera después de experimentarlo desde el interior.

-¿Puedo preguntarle algo? –dice Mo.

-Por supuesto.

-¿Usted pondrá por escrito todo lo que le cuente? ¿O hará una selección de lo políticamente correcto para evitar dañar la sensibilidad de alguno de los jovencitos que lean su artículo?

-Lo escribiré todo, así que tenga cuidado con lo que dice -replica Sylvia en tono desenfadado.

-Está bien –dice Mo con un brillo extraño en los ojos.

Durante la hora siguiente la ex-estrella le narra su vida diaria de cantante de rock, sin ahorrarse ningún detalle escabroso. Desde sus jornadas que comenzaban a media mañana, levantándose tarde después de un concierto o una noche de jarana, pasando por la sesión de gimnasio y esteticien, las comidas en el hotel, las sesiones de fotos, los ensayos con el grupo hasta finalizar con los conciertos agotadores o las fiestas privadas donde no faltan las drogas y el alcohol. Éstos suelen aportar su guinda en forma de compañía femenina. Porque eso nunca le ha faltado, siempre ha tenido suficientes ofertas para elegir a su compañera de cama, desde el personal femenino de su casa discográfica, pasando por periodistas (Sylvia hace una mueca) hasta jovencitas que se acercaban provocativamente al hotel a pedirle un autógrafo.

Algo no le cuadra a Sylvia en aquellas declaraciones. Es como si Mo Davison quisiera mostrarle su lado más frívolo y abyecto, recreándose en su propia vacuidad.

-Entonces, ¿por qué lo dejó? –interrumpe ella repentinamente.

-¿Perdón?

-Que por qué ha dejado la música y esa vida llena de placeres.

Mo sonrío, pero es una sonrisa triste y desesperada. Con un gesto extrae del bolsillo trasero de su vaquero una foto ya arrugada que ofrece a Sylvia. Es la instantánea de una morena criatura de apenas tres años, una niña que sonrío a la cámara con una expresión que delata el gran parecido con el cantante.

-Tu hija.

-Sí.

Sylvia le contempla con aire interrogante. El ex-cantante le explica:

-Moirra es fruto de una de mis aventuras. Su madre me escribió hace dos años para revelármelo. Lo hizo por un único motivo: Moirra está enferma y necesita unos cuidados muy costosos para su enfermedad. Decidí abandonar mi carrera y luchar por una hija que no conocía, pero que me necesitaba. Moirra lleva meses en tratamiento, pero los avances son muy lentos y los médicos no nos ofrecen muchas esperanzas. La familia de su madre, su madre y yo nos turnamos para atenderla. Anoche estuve en la clínica cuidándola, por eso hoy me has encontrado acostado, descansando.

>>¿Crees que me importa mucho no volver a mi antigua vida de cantante de rock? Antes vivía cada día como si fuese el último, empeñado en disfrutar el logro de mi sueño. Pero Moirra me ha enseñado a vivir por algo más importante: por otra persona.

Sylvia asiente y extiende una mano para apretar en gesto solidario la de Mo Davison. Después corta la grabación y, tras agradecer su testimonio, recoge sus cosas para irse.

Fuera le recibe la lluvia gris de la gran ciudad. Siempre llueve en las ciudades tristes y Sylvia vuelve a comprobarlo una vez más: la tristeza sabe colarse, como el agua, hasta en las existencias que luchan desesperadamente por rehuirla.

NIEVE Y SILENCIO

Él amaba la nieve y el silencio sobre las tumbas pétreas, por eso deambulaba por el laberinto de ángeles de mercurio y Vírgenes orantes del cementerio de San José aquella tarde fría en la que revoloteaban torbellinos de copos bajo un cielo de luminosa blancura.

Ella era la única figura en una de las calles de lápidas, embutida en un abrigo negro y con una rosa roja entre sus manos. La reconoció al instante, aunque sólo habían coincidido una vez, a ambos lados de una mesa de madera redonda saboreando cerveza con limón. Rescató el recuerdo de una chica de melena pelirroja, suelta sobre el jersey azul aguamarina. Ella le escuchaba con un inconfundible brillo de admiración y recordó cómo él se había incomodado, tímido ante aquellas preguntas que sólo se formulan a los escritores consagrados. Los nombres de Proust, Austen y Kafka resonaron en el aire, burbujearon en el fondo de sus vasos. Surgió el tema de la muerte: él escribía una trilogía sobre el tema. Y se trataron también asuntos más mundanos: hablaron de los editores que ignoran tus premios y manuscritos, de los escritores que triunfan subidos a la ola del éxito por una única obra buena que no vuelve a repetirse. Cuando se despidieron, ella se llevaba una novela inédita de él y una nueva luz en su mirada.

Pero ahora ella ya no le mira. Sólo fija los ojos en la negra lápida frente a la que se ha detenido, sólo se mueve para inclinarse hacia la losa donde deposita la flor que ha estado sosteniendo entre las manos.

Él le susurra: “La Posada de los Vientos, ¿recuerdas? Fue allí donde coincidimos aquella tarde. Tú debías irte, pero yo me quedé contemplando la calle a través de la ventana, nevaba en aquel momento. Siempre me ha maravillado ese espectáculo.

>>Volvimos a hablar de nuevo una semana después, quizá ya entonces yo presentía que faltaba poco para que claudicase ante la fascinante llamada del silencio. Aunque no te dije nada.

>>Pero ahora he vuelto, la nieve y el silencio han vuelto a traerme aquí de nuevo junto a ti. ¿Por qué no me saludas y sonríes como aquella vez?”

Ella levanta la mirada y sus ojos parecen clavarse en los suyos durante un instante. Un copo de nieve revolotea juguetón frente a ella y lo atrapa como si fuese una pluma, cobijándolo en su mano. Despacio, lo acerca a su oído, como confirmando la intrínseca mudez de aquel cristal de agua. Esboza una media sonrisa. Después se da media vuelta y comienza a alejarse. Él la observa, pero ya no vuelve a hacer ningún intento de atraer su atención. Sabe que la respuesta llegará algún día.

En su mundo de nieve y pétrea belleza, reencontrarse con los suyos es cuestión de tiempo.

ESPEJISMOS EN UN TREN

Para Mario, ella fue desde el principio la chica del andén de enfrente. Una figura femenina solitaria, varada en el imaginario muelle donde sólo atracaban los trenes, locomotoras que arribaban envueltas en humo y silbidos, y que reemprendían de nuevo la marcha con un lento traqueteo adormecedor.

Mario coincidía con ella por las tardes, cuando acudía a la estación para tomar el tren que le conducía de nuevo a su hogar en el pueblo, con sus padres. Reparó en ella desde el primer instante, en su bello rostro de Venus donde se dibujaba la resignación, en la actitud derrotada de los hombros y en el gesto de sus brazos, con los que se rodeaba a sí misma como si quisiera protegerse del mundo. Y en aquella espantosa mirada vacía que se clavaba con obstinación en los raíles, en los hierros paralelos que se interponían entre el andén de Mario y el de ella, formando un abismo que frenaba el impulso del joven de abordarla.

Pero aquella tarde Mario era un hombre distinto. Había concluido su último día de trabajo en la ciudad y regresaba al pueblo, sabiendo que si no tomaba una decisión, no volvería a ver a la chica del andén de enfrente.

Vera acudía todas las tardes a la estación desde que confirmó la noticia. Envuelta en su abrigo, humillaba la cabeza y contenía las lágrimas que la traicionaban. Si lo supieran, si todos lo que estaban a su alrededor conociesen su secreto, cómo cambiarían su actitud hacia ella. Pero la gente no reparaba en ella, sólo acudían allí buscando un tren que les arrancase de ese lugar, quizá para retornar al día siguiente, quizá para no volver. En ese andén ella podría tomar la locomotora que le conduciría de regreso al hogar paterno, pero no se atrevía. Dejaba escapar un día y otro esa oportunidad. En cambio, su

remordimiento le presentaba con enfermiza obsesión el escape de una muerte rápida arrojándose a las vías del tren.

Vera se sorprendió cuando la arrebataron de su ensimismamiento con un leve toque en el brazo. Encontró a un hombre, joven y moreno, cuyo rostro le resultaba vagamente familiar. En cambio, reconoció sin dudas la admiración que transparentaba su mirada, y un impulso cruel se apoderó de ella, guiando su movimiento. Con lentitud, descruzó los brazos protectores y se giró hasta situarse frente a él. Su abrigo se entreabrió, dejando ver parte del vestido que no disimulaba la redondez de su vientre. Vera miró a los ojos al joven en gesto de desafío, pero no encontró la reacción que esperaba.

Él, repentinamente serio, apoyó una mano comprensiva en el hombro de ella y dijo:

-Hoy vuelvo a casa. Mi madre estaría encantada de acogerte.

* * *

La locomotora traqueteante mece en su seno a una joven pareja. Él encierra en un abrazo firme a su protegida, mientras su mente aún asimila la sorpresa del ensueño cumplido. Recrea la escena del reencuentro con su familia, el momento en que sus hermanos confirmen con envidia la belleza de su compañera. Vendrán habladurías, es cierto, pero siempre habrá tiempo de aclarar las circunstancias.

Ella, por su parte, descansa tranquila en apariencia; nadie sabe que sus sueños están poblados por edredones ahuecados y la esperanza de una chimenea encendida que la reciba.

Si la felicidad está decidida a esquivarla, ¿por qué no conformarse con un sucedáneo de ésta?

INVISIBLE DESDE EL TRÓPICO

De todas las nevadas que cayeron aquel año, el comisario Elías siempre mantuvo en el recuerdo la de aquel 18 de diciembre, que le hizo avanzar por el camino que conducía al Instituto Geográfico mirando con renuencia las dos altas murallas de nieve acumulada, como un Mar Rojo congelado.

Aquella mañana alguien había dado aviso a la policía, y le esperaban en la puerta para conducirlo hasta el despacho donde habían hecho el macabro descubrimiento. Elías había contemplado en su fulgurante carrera policial – breve pero intensa, era un hombre de inteligencia portentosa- mucha miseria, muchos presuntos inocentes, muchas víctimas mudas, pero no llegaba a acostumbrarse.

También ahora experimentó un sobresalto interior cuando, al abrir la puerta de la habitación, contempló el cadáver sentado frente a la mesa, con el cuerpo vencido hacia delante. Desde el umbral el comisario Elías constató que le habían decapitado. Pero no había rastro de la cabeza. Sólo una nota anónima figuraba en el lugar donde debiera haber estado ésta. Allí figuraban cuatro palabras mecanografiadas: “Invisible desde el trópico”.

Apenas una hora después, el ayudante del comisario y dos policías más habían registrado la habitación desde el suelo hasta el techo, y recogido posibles pistas. Se abrió una investigación que se prolongó durante meses. La tarea más sencilla en apariencia, identificar al sujeto, no se consiguió. La víctima no trabajaba en el Instituto Geográfico, sus ropas no ayudaban a localizarle, sus huellas dactilares no figuraban en ningún registro, no le acompañaba documentación de ningún tipo. Sólo su dentadura revelaba una edad aproximada de cuarenta años.

El comisario Elías leyó muchas veces aquella cartulina donde el presunto asesino había escrito aquella misteriosa frase: “Invisible desde el trópico”. Cuando meses después recibió un paquete en su despacho con un libro de poesía: Geografía humana, de Ana Itneg, reconoció la frase maldita en uno de los poemas:

*Invisible desde el trópico es la curva de tu cuello,
meridiano cimbreante exilado de la esfera;
en viaje al polo sur, una costa sin regreso.*

Supo entonces que aquel cadáver del Instituto Geográfico debía llevar algo en el cuello que el asesino no halló mejor modo de arrebatarse que decapitándolo. Que en un alarde de humor macabro, llevó el cuerpo hasta el Instituto, con la esperanza –luego vana- de que relacionaran la Geografía con aquel libro de poemas del que habían extraído la frase.

Comprendió también, con un escalofrío que comenzó a estremecerle el cuerpo, que él conocía por lo menos a tres personas a la que les interesaba esconder una diminuta marca rojiza en la base del cuello, donde se les había realizado una serie de punciones.

Quién iba a decirle a él, cuando sus padres le enviaron como cobaya humana en el secretísimo proyecto del Gobierno de clonar niños prodigio, que una de sus réplicas se volvería un día contra él, convirtiéndose en un asesino que sólo buscaba demostrarle que nunca hay dos seres completamente iguales.

EL DOMADOR DE RANAS

Nunca llegaron a saber su nombre. Apareció una noche de octubre, de lluvia y frío, y se acodó en la barra para calentar el cuerpo a base de güisquis dobles.

Rosita, la hija del tabernero, le observaba con mal disimulado interés. Era guapo el forastero, con aquellos ojos azules que resaltaban en la tez oscura, y la barba de varios días.

Él apagó su sed al quinto vaso y entonces buscó una mesa solitaria en la que sentarse. La encontró cerca de una ventana y, abriendo el morral que pendía de su hombro, extrajo con mucho cuidado de un paño húmedo cinco diminutas ranas, verdes como cuentas de esmeralda, ranitas de San Antonio.

Al principio los parroquianos no le prestaban atención, pero cuando el forastero comenzó a lanzar una serie de órdenes que las ranas ejecutaban, se fue creando un corrillo en torno al prodigio.

Rosita fue la última en acercarse, parapetada tras el hombro de su padre, y alcanzó a ver una ranita saltando a través de un aro del tamaño de una pulsera rígida de mujer.

Los hombres agradecieron el espectáculo arrojando unas monedas que el guapo forastero recogió con calma. Parte de ellas saldaron la deuda de su bebida, y el resto debió ser insuficiente para pasar la noche en la fonda, porque comenzó a recoger sus cosas para irse.

Rosita seguía mirándole, aunque ya no disimulaba. Le gustaba mucho aquel hombre, con su barba mal afeitada, su piel oscura y los ojos claros, y sentía que le temblaban las rodillas.

El hombre se dio cuenta y le hizo una señal para que se acercase a la mesa. Susurrando para no ser oído por las mesas vecinas, se encaró con la jovencita:

-¿Sabes cuál es el precio de mis besos?

Ella negó con un gesto brusco de su cabeza. Y él, sin perder la seriedad de su rostro, señaló su morral mientras respondía triunfal:

-¡Una vida a base de moscas!

Aquella noche el domador de ranas se fue y nunca volvieron a saber de él. Pero dicen que Rosita, la hija del dueño de la fonda, sigue esperando su regreso masticando las moscas que mata en sus largos ratos de tedio.

MARÍA, SIN MÁS

La luz de la tarde no es blanca, sino una extraña mezcla de naranja y oro, que va tiñendo el cobertor de la cama. Luisa se afana en los detalles que faltan para terminar de acondicionar el dormitorio para la visita de su hija: un pequeño jarrón con flores frescas, un juego de toallas de color lavanda y el camisón.

La viuda no puede contener su emoción cuando deposita aquella prenda sobre la cama, cerca de la almohada. Acaricia el cuello de encaje, frota con la yema del dedo los botones de nácar, desliza la mano por el suave tejido. Ella misma confeccionó ese camisón para el ajuar de su hija María. Es, también, lo único de aquel lote que se resignó a que ella usara sin haberse casado antes.

Con un suspiro Luisa se obliga a apartarse de la cama y se acerca a la ventana para observar el atardecer. Alguna magia debe poseer la luz vespertina, porque bajo su influjo Luisa puede permitirse olvidar al donjuán que inició a su hija en los placeres conyugales a espaldas del altar. También puede ignorar su fruto, Inés, la delicia de su abuela. E incluso le es posible aceptar que su hija le diga que se dedica a limpiar oficinas y que ese trabajo la esclaviza durante cincuenta semanas al año. Luisa ha desarrollado una gran habilidad para no cuestionar las afirmaciones de María, porque ninguna mujer de la limpieza podría tener los vestidos que ella luce ni enviar cheques por esos importes.

Han pasado más de diez años desde la llegada de Inés a la familia, desde la casi inmediata partida de María a la ciudad para buscar trabajo. Su hija no volvió a pensar en casarse después de que la hicieran madre, aunque la viuda Luisa sería tonta si creyese que también renunció a dormir acompañada. Le gustaría que ella trajese a alguno de sus novios, para que las conociesen a Inés

y a ella. Pero sospecha que eso está lejos del pensamiento de su hija. Para María los hombres son juguetes, como una vez lo fue ella misma.

Luisa barrunta estos pensamientos mientras contempla el atardecer. Quizá si María pasara más tiempo con ellas, miraría por la ventana y se quedaría prendada de aquellos reflejos dorados que saben calmar misteriosamente las almas atormentadas. O descubriría el bálsamo que derrama la mirada de jade de Inés, cuando contempla arrobada a su madre.

Luisa sólo puede hacer una cosa para conmover a su hija y a ello se dedica. Le asigna el dormitorio que mira a poniente, le prepara el camisón del ajuar despreciado, la abrumba con su ternura y jamás le hace reproches. Sólo busca que disfrute de la sensación de hogar, que abandone su actitud belicosa, que deje de intentar demostrar al sexo opuesto que ya no volverán a engañarla.

Quizá ahora lo consiga, esta vez podría ser la definitiva. Luisa sabe, porque lo comprueba, que su hija siempre cae en la tentación de usar el camisón que le prepara, a pesar de su sofisticada lencería. Pero es que, además, en la última visita Luisa encontró húmeda de lágrimas la almohada de su hija y comprobó que había dormido con la ventana abierta de par en par.

La viuda sonríe feliz mientras guiña un ojo al sol. Sí, puede que pronto consigan que María vuelva a ser ella, sin más.

CAMPO DE GIRASOLES

Patricia salió aquella mañana de su casa, con un campo de girasoles en la memoria y una automática en el bolsillo interior de su cazadora. La ciudad rezumaba la tristeza desesperada de las canciones de Sabina y tuvo un escalofrío cuando divisó a lo lejos la carpa en la que se estaba celebrando el mitin de uno de los líderes políticos del país. Tuvo el presentimiento de que había llegado el apocalipsis de todos los miedos arrastrados en su joven vida.

Una niña que observa por la ventana. Frente a ella se despliega un campo de girasoles. A la niña le parecen personas: una multitud de cabezas sin ojos con una corona que les rodea. Rostros oscuros que se mueven al unísono, danzando al son del viento.

En la entrada de la carpa no le hicieron ningún registro; una sonriente azafata le ofreció un globo de color rojo y un banderín con el símbolo del partido, que ella tomó. Una vez dentro, sus ojos radiografiaron el lugar hasta localizar la tarima en la que estaban de pie los políticos locales del partido y el líder del mismo.

Un paseo. A la niña le gusta pasear por la vereda que bordea el campo de girasoles. Siempre los mira, los contempla. Por eso descubre algo raro, un movimiento que no le parece natural, unos tallos que se agitan de modo distinto a los demás, y decide acercarse.

Patricia se fue acercando a la tarima, haciéndose paso con amables empujones y sonrisas entre aquella multitud que agitaba los banderines y soltaba los globos. En breves minutos consiguió encontrarse frente al estrado, y lo fue rodeando con lentitud, sin variar el gesto sonriente de sus labios.

Demasiado tarde para huir. El fuerte empujón tumba de espaldas a la niña, que contempla un trozo de cielo con muda súplica. Los rostros ciegos de los girasoles parecen haberse vuelto hacia ella. Pero la niña sólo se fija en los ojos acechantes que se van acercando. Luego, el olvido. Ya no recuerda nada, no quiere recordar nada.

Con un discreto movimiento, Patricia estudia a la multitud allí reunida. Tras las salvas de aplausos al orador de turno, la gente parece volver de nuevo a la inmovilidad expectante por las palabras de su líder. Excepto en la esquina izquierda, donde su entrenada vista percibe un movimiento anormal que contrasta con la calma circundante, como si alguien empujase a los de alrededor con el fin de lograr espacio. Todo sucede tan rápido que, Patricia primero, y sus guardaespaldas un segundo después, se abalanzan sobre el líder político, sepultándole como jugadores de rugby. Se oyen varios tiros y la multitud chilla enloquecida, abandonando la carpa en una huida caótica.

* * *

-¿Su informe?

-Patricia Sánchez Escolar. Natural de Palencia. Veintinueve años. Policía secreta, pero ese día no estaba de servicio. En la última revisión médica aconsejaron que comenzase tratamiento psicológico. Había empezado a obsesionarse con localizar asesinos camuflados en las multitudes.

-Esta vez, por lo visto, tuvo razón. Le debo la vida y me gustaría agradecerse.

-Me temo que no hemos llegado a tiempo. Ha fallecido hace media hora en el hospital donde la ingresamos.

La niña parpadea, confundida. Ya no hay nadie. Han desaparecido los ojos acechantes. Los girasoles vuelven a erguir sus corolas, meciéndose al compás de la canción del viento. Ella se levanta y, lentamente, regresa al camino que rodea al campo de girasoles. Patricia vuelve a casa.

LA VIDA EN ROSA

Las zapatillas eran rosas, con dos serpentinas verdes que se enroscaban a la altura de la puntera, a modo de adorno. Mai contemplaba sus pies calzados con la emoción aún brillando en sus ojos rasgados. El bullicio era ensordecedor, pero ella sólo permanecía atenta a aquel regalo de sus padres.

- Iremos al parque de atracciones –había dicho la tía Mónica, mientras acariciaba el lacio y oscuro cabello de Mai-. Para celebrar tu cumpleaños.

Así que allí estaban, entre los gritos y demandas de otros niños, que tironeaban del brazo de sus progenitores para conseguir otra vuelta más en alguna atracción. Mai notaba que la tía Mónica estaba nerviosa. Ella no tenía hijos y torcía el gesto cada vez que oía el vocerío infantil.

-Lo que más me gusta de ti, Mai, es que eres una niña muy obediente y pacífica –le decía su madrina. Ella asentía, porque era lo que su tía esperaba que hiciese. Le daba pena que su tía Mónica no se hubiese fijado en sus preciosas zapatillas. Era una lástima que los padres de Mai estuviesen de viaje esa semana y que ella fuese demasiado pequeña para acompañar a su padre en los congresos, como hacía mamá. Por eso había tenido que quedarse al cargo de su madrina Mónica.

Aunque sus padres no habían tenido hijos hasta la llegada de Mai, su actitud era muy diferente. Con ellos se hubiese atrevido a corretear de un lado a otro y pedirles golosinas de los muchos puestos que las vendían, pero estando con su madrina sólo se atrevía a montar en la máquina que ella le sugería sin quejarse.

Al bajarse del platillo volador descubrió que la tía Mónica estaba hablando con una amiga que se había encontrado, así que decidió aprovechar para comprar algo en un puesto cercano. Las nubes rosas de azúcar la habían

tentado desde que las vio, así que se puso a la larga cola para hacerse con una. Detrás de ella, un adulto con zapatos blancos se sumó a la espera.

-Bonitas zapatillas –le dijo el hombre.

Mai alzó la mirada, y vio unos ojos saltones en un rostro redondo que le sonreía.

Ella le devolvió la sonrisa para no parecer descortés, y luego buscó con la mirada a su tía, que aun seguía enfrascada en la conversación. Él se dio cuenta del gesto de Mai, y le dijo:

-Cuando yo era pequeño, también me compraba las chucherías a escondidas.

Esta vez Mai no sonrió, porque el peso de un pequeño remordimiento comenzaba a instalarse en algún lugar de su pecho. ¿Se enfadaría su madrina si volvía con el algodón de azúcar sin haberla consultado antes?

-Si quieres, yo puedo comprarte la nube de algodón y te la doy a la salida del parque.

Aquel adulto parecía leer a la perfección sus pensamientos. Ella alzó los ojos con curiosidad hacia él, momento que el hombre aprovechó para acariciarle la barbilla.

-Las niñas bonitas como tú deberían tener siempre lo que quisiesen.

A Mai le sorprendió el asco que le produjo el tacto de aquella mano. Era la misma sensación viscosa y húmeda que había experimentado cuando Andrés, un compañero del cole, le había posado su rana en el brazo mientras intentaba asustarla. “¡Vamos, Mai! ¿De qué tienes miedo? ¿En tu país no comías ancas de rana? ¡¡¡Jajajaj!!!”.

Así que Mai se esforzó en ser valiente y reprimió los deseos de apartarse cuando Piel de Rana acarició su barbilla y después su mejilla mientras decía:

-A la salida del parque, te escapabas un momento y te doy la nube de azúcar. Estaré al lado del buzón de correos que hay a la entrada.

Una voz femenina pronunciando su nombre a gritos le dio a Mai la excusa para apartarse y correr hacia su tía.

-¡Perdida y encontrada! –dijo la tía Mónica a su amiga, mientras reía nerviosamente al verla a aparecer, y la mano que aferró su brazo se cerró con más fuerza de la necesaria. Mai se mordió los labios para no protestar. Bajó la vista y descubrió que sus preciosas zapatillas rosas estaban sucias, y las serpientes verdes se habían ennegrecido. Su madrina no se había dado cuenta de que las estrenaba. Ni siquiera la había invitado a tomarse un helado, y eso que era su cumpleaños. Recordó la nube de azúcar y el ofrecimiento de Piel de Rana.

“Contaré hasta diez”, se prometió. “Si no deja de apretarme el brazo, me escaparé a la salida”.

En aquel momento, los resueltos ojos de ambas se encontraron. La tía Mónica percibió e destello retador en la mirada de la niña y acentuó la presión en el brazo, en un mudo duelo. Mai comenzó a contar.

EL NIÑO QUE YO FUI

El niño que yo fui está ahí, apoyado contra el muro de la abandonada estación de ferrocarriles, mirando nervioso a su alrededor y espantando el frío con tragos a un botellín de líquido sospechoso que guarda en el bolsillo de la cazadora.

Un extraño impulso me ha conducido esta noche al lugar de encuentros de la pandilla de mi infancia y ahora, a oscuras dentro del coche, estacionado cerca del edificio central de la estación, el adulto que ahora soy espía la figura desgarrada del niño que yo fui, intentando hallar la conexión entre ambos.

No puedo explicarme qué clase de broma macabra es ésta de reencontrarme con el niño que yo fui, dedicado exactamente a hacer lo que se me pedía en esa época: vigilar el muro tras el cual mis amigos se dedicaban al botellón.

Gracias a las pálidas luces de una farola voy reconociendo en el niño que yo fui los rasgos que una vez me avergonzaron: las gafas “cuatro ojos”, el cuerpo demasiado alto para su edad y aquel pelo lacio que se resistía a la más potente gomina. No me extraña que me hubieran concedido la desagradable función de alertar de la presencia de la poli. “Eres el que tiene el silbido más potente y las piernas más largas”, me decía Maikel, dos hechos que no podía desmentir.

Mientras rumio estas evocaciones, el niño que yo fui comienza a mover los labios, como si recitase una plegaria. Recuerdo entonces que, en aquellas largas vigiliadas, adquirí la costumbre de recitar poesía, versos de un romántico Bécquer y de un Espronceda rebelde, y todos los que me sedujeron de un volumen de bolsillo que ocultaba en mi cazadora. En efecto, el niño que yo fui

saca de su bolsillo un pequeño libro que consulta un instante y luego reanuda sus paseos y murmullos.

Es curioso que hubiera olvidado aquello. La poesía salvó mis largos ratos de hastío y conjuró los fantasmas del rechazo. Bauticé aquel muro que me separaba de mis amigos como el “Muro de los Deseos” y durante mis guardias fui dejando papeles de fumar en los que escribía mis anhelos, que crecían en audacia conforme avanzaban las horas: “ganar a Maikel en la prueba de los 100 metros”, “sacar matrícula para obtener una beca” y “besar a Sandra”.

Observo al niño que yo fui dejar uno de esos papelitos en una grieta del muro, y pienso si no debería bajar del coche, plantarme frente a él, y decirle que se está comportando como un estúpido, que sus llamados amigos le están utilizando. Sólo me detengo al considerar cuál fue el destino de aquellos deseos garrapateados, al menos de los tres que recuerdo. Porque, qué cosas, aquel año saqué la mejor marca en la prueba de los 100 metros, mi entrenada memoria me abrió las puertas a las buenas notas y la poesía rindió para mí la cálida boca de Sandra frente a aquel mismo muro.

Así que, después de todo, el adulto razonablemente feliz que ahora soy tiene pocos fracasos que reprocharle al niño que yo fui. Ya no lamento que esa conexión exista, aunque ahora deba romperla. Ha llegado la hora de irme y, al encender el motor y los faros, que ahora iluminan el Muro de los Deseos donde forjé mi futuro, un silbido ensordecedor rompe el silencio de la noche.

Buen chico. Sigue así y un día te convertirás en el adulto que ahora soy.

LUCES Y SOMBRAS

Las veo. Cierro los ojos y todavía puedo contemplarlas. Observo cómo corretean, arañando el suelo con sus diminutas extremidades. Noto cómo se aproximan, y ese aliento fétido que comienza a invadir la habitación.

He llegado a contar hasta treinta bultos, que se desplazan al amparo de las sombras. No todo es oscuridad: el fulgor intermitente de los relámpagos deshace la negrura por unos breves instantes, y me confirma el macabro final al que estoy abocado.

Devorado por las mismas ratas que he alimentado.

* * *

—Tanya Evans, ¿no es cierto?

La joven de gafas oscuras giró sorprendida al oír su nombre. Guardó el bolígrafo en el bolsillo superior de su bata, para poder dejar una mano libre y estrechar la que le tendían.

—Mi nombre es Roger Bolton. Estoy muy interesado en el trabajo que su marido dejó inacabado tras su repentino fallecimiento, en un accidente laboral según me comentaron.

—Así es —ella no le devolvió la sonrisa—. Me temo, sin embargo, que el laboratorio considera que las investigaciones de Edward llegaron a punto muerto. Yo misma fui su colaboradora durante los últimos meses y comprobé que todo apuntaba a un callejón sin salida.

—Él investigaba un remedio contra la ceguera, ¿no es cierto? —insistió Bolton, y haciendo un ademán hacia las gafas oscuras de ella, añadió—: ¿Quizá por algún motivo personal?

—Mi visión es del 10%, si ésta es su pregunta. Sólo veo el resultado que el juego de luces y sombras produce. Y mi ceguera casi total es, en efecto, anterior a mi matrimonio con Edward. De todas formas, creo que él siempre estuvo interesado en el tema. Yo fui, sencillamente, un animal de laboratorio al que podía desposar para retener a su lado.

—¿Quiere decir que usted hizo de conejillo de indias para los experimentos del señor Evans?

—Más bien de rata —corrigió Tanya con una sonrisa extraña— puesto que Edward experimentaba con ellas. Aunque debo decir que me sometí a esas pruebas libre y voluntariamente, sin éxito en ninguna de las ocasiones.

—¿Y sin secuelas?

—Eso parece —volvió a sonreír ella, de modo perturbador.

Cuando finalmente Roger Bolton dio por terminado su interrogatorio, Tanya se permitió el lujo de desprenderse de las gafas un instante para frotar con las yemas de los dedos sus delicados párpados. Sacó su móvil y conectó la cámara para contemplarse, y arrugó el ceño ante la mirada de sus iris color rojo.

—Sí, Edward, conseguiste finalmente que viese. Aunque no quiera, a pesar de cerrar los ojos y apretarlos con fuerza, siempre veo. No existe la oscuridad completa para mí, siempre hay luz junto a las sombras, y por ello me está negado el reposo. La locura me está consumiendo. Veo, es cierto, pero he pagado por ello el alto precio de unos ojos de rata y los mismos sentimientos destructivos de ese animal.

>>Sólo espero que la dosis que te diluí aquella noche en tu bebida hiciera efecto a tiempo para que participases de mi pesadilla y así contemplar, quisieras o no, la venganza de tus víctimas.

APÁTRIDAS

Sólo de las heridas podemos rascarnos las cicatrices, aullar nuestro pasado de luna y carmín, y hasta volver cantando de la derrota. Pero qué hay del que sólo poseyó flores marchitas, cigarrillos aplastados a los pies de una farola o caderas de alquiler en un callejón oscuro: qué hay del que nunca hizo patria en un corazón ajeno.

Porque existe, bien lo sé, esa raza de apátridas del alma, nómadas malditos que buscan un móvil anotado en el reverso de un posavaso, un paraguas rojo en un día de lluvia, la mirada que se escapa en un tren fugitivo.

De tres mujeres conocí el nombre: Ruth, Miriam y Judith alcanzaron a pisar mi sombra, pero sin llegar a enfriarse en ella. En mí sólo hicieron escala; brindaron unas noches por el amor libre y luego prosiguieron su viaje sin darme una fecha de regreso, y fui testigo de cómo se perdían en un coche, en un autobús, en un avión privado.

No eché raíces en aquellas mujeres de nombres bíblicos, no supe detener su andar errante por el desierto de mis noches de insomnio, tragos de güisqui de malta y un bote de bicarbonato. Y aunque decían que yo les recordaba al invierno de Vivaldi fue como el que oye una música muy lejana, al final de una calle, y decide que no vale la pena descubrir el rostro del artista, que el eco le es suficiente. Se marcharon y yo rellené mi cuestionario ISO, entre pomadas de rejuvenecimiento y periódicos subrayados en rojo.

Así que ya lo ves. No vale que me digan que las hojas arrancadas de un calendario curan melancolías porque no existen clavos para los muros que nunca lucieron agujeros. No hay receta, eso es todo.

Y, aún así, para los que no hemos tenido, tampoco el dolor nos ahorra su ración de ceniza. La esperanza, ese fantasma con nombre de mujer y zapatos

de baile, proyecta sin descanso el espejismo del deseo que nos muerde, y nos ata a la vida con una soga. Por eso, al final, aquí seguimos; o nos engañamos o acabamos descubriendo que los apátridas también tenemos nuestro lugar en este mundo: no habría gente feliz si no hubiera desdichados.

VALORES RELATIVOS

Todavía sueño con ella. Su rostro se me aparece, entre inocente y perverso, deambulando por el laberinto de callejuelas en el que se despliega el Bazar de Anarkali. Yo siempre la sigo en mis sueños, como hice aquella primera vez. Revivo aquel impulso que se hizo más fuerte que el bochorno atroz de Lahore, un calor que se prolonga durante horas, minando mi voluntad y mi resistencia. Sigo esa llamada, con un sabor de fiebre en la boca y un zumbido en los oídos. Por fin la alcanzo. No tiene más de quince años, pero el sarong de color índigo le da una apariencia más adulta. Sus ojos, viejos y sabios, me contemplan desafiantes mientras dice:

- Cien rupias por una historia.

Siempre me he preguntado, en mi sueño inquieto, por qué ella sabía que me interesaban las historias. Aquel día acepté y ahora también lo hago, por eso me encuentro de nuevo siguiéndola por estrechas galerías, buscando el piadoso amparo de las sombras.

Sapna, que así se llama la niña, entona con dulce acento una parte del Rāmāyana. Me habla de amor del rey-dios Rāma por su esposa Sītā. Reproduce el lamento de Rāma ante el secuestro de su amada. Me cuenta cómo convence a una tribu de monos para construir un puente hasta la isla donde el demonio Rāvana la ha encerrado, y el dichoso desenlace.

Mientras escucho a Sapna, me pregunto si otras cien rupias serían suficientes para tender mi particular puente hasta los labios de aquella niña, inocentes y perversos, que me sonrían en cada pausa de la historia. Pero el relato termina y le pido a Sapna que me acompañe hasta mi oficina de periodista desplazado a la India, para tomar nota de todos los detalles.

Como sucedió aquella primera vez, ella se sorprende ante la funcionalidad occidental y observa cada detalle con sus inmensos ojos, abiertos por el asombro. Sobre todo, le fascina el depósito de agua, que burbujea alegremente cuando lleno dos vasos de plástico que calmen su sed y la mía.

Una mirada extraña cruza su semblante cuando empieza a avanzar hacia mí. Hasta ese momento no nos habíamos tocado. Pero ahora sus finos dedos encienden regueros de fuego cuando acarician mi antebrazo. No hay palabras: quizá en el principio hubo una pregunta, pero hace tiempo que ha sido contestada. No hay prisas: sólo nuestra respiración, cada vez más profunda, delata el paso del tiempo. Un conocido calor comienza a subir en oleadas imparables, y yo compruebo que no me equivoqué al juzgar su mirada vieja y sabia. No nos decimos nada: las mentiras siempre sobran. Sólo estamos ella y yo, escalando una cima antigua y nueva a la vez, para después caer arrastrados por la vorágine.

Cuando se deja caer sobre mi pecho puedo acariciar su cabellera de ébano y aquel sarong índigo del que no ha querido desprenderse por un paradójico recato.

- ¿Qué puedo darte? –murmuro yo.

Ante mi sorpresa, Sapna señala el depósito de agua.

Yo me resisto.

-Antes me pediste cien rupias por una historia, el salario de un trabajador. Ahora me has ofrecido tu cuerpo... ¿y sólo quieres agua?

Un destello de algo incomprensible brilla en los ojos de la niña mientras se incorpora y se alisa la tela del sarong, con dignidad.

-En mi pueblo las historias son importantes. Pero el agua es una necesidad. Por esta agua limpia y fresca el precio debía ser más elevado, eso es evidente.

No dije nada entonces y en mi sueño también callo. Me visto despacio, avergonzado, y hago una llamada al chico que trabaja de recadero para que lleve el depósito al lugar que la niña le indique.

No he vuelto a verla. Con el tiempo descubrí que Sapna significa “sueño” y quizá a eso ha quedado relegada para siempre. Intento convencerme de que no dejé mi puesto en el periódico y me uní a un proyecto de excavación de pozos en las afueras de Lahore por ella. Pero es difícil mentirse a uno mismo. Cuando cae la tarde calurosa sólo soy capaz de pensar en sus labios, inocentes y perversos, vendidos por un vaso de agua.

LA PERSECUCIÓN

Todos los fantasmas tienen nombre, pero sólo ahora comprendes en plenitud esa sentencia.

Hasta hoy creíste haber dejado atrás la historia cuyo epílogo se escribió en un sucio motel de carretera, junto a aquélla que permitió que la llamases Sonia, aunque advirtiese la rabia que destilaban esas cinco letras pronunciadas por tu boca siempre sedienta del éter de los fracasados.

Sonia, a la que iban dedicadas todas tus locas proezas, también los cristales rotos. Sonia, que mordía con furia las manzanas y descruzaba las piernas ante cualquier pantalón, mientras tú la aguardabas encenagado en un charco de vómitos y llanto impotente. Anhelabas su regreso tanto como odiabas ser el esclavo de aquella hija de Eva, pero el deseo siempre terminaba derrotando al orgullo.

Por eso el día en que sus piernas enredaron a otro infeliz en su tela de araña y le convencieron de huir con paradero desconocido, rumbo al infierno que ya habías probado, no supiste llamarlo suerte. Y llenaste la noche con el lamento de un lobo ciego, recorriendo cada tugurio, motel y pensión barata, buscando entre la basura a la que era el mayor desperdicio de tu maldita existencia, pero sin la cual no sabías vivirla.

En el bar de aquel motel de carretera descubriste su rostro habitando otro cuerpo, una Sonia que escuchaba tus desahogos mientras agitaba un güisqui, torturándote con el choque de los cubitos de hielo, una irónica alegoría de su poder para hacer naufragar los pedazos de tu alma.

Al final la certeza acabó lacerando tu mente alcoholizada y comprendiste que ella no era la que buscabas. Cómo pudiste confundir esa ramera con Sonia. Cómo pudiste creer que tu pesadilla terminaría alguna vez. La dejaste

sin haber rozado siquiera sus labios y acallaste sus protestas con una generosa propina. Luego la noche engulló aquel fracaso y la luna alumbró tu resolución: la persecución había terminado.

Hoy, meses después, han venido a buscarte dos hombres que te invitan a acompañarles al depósito de cadáveres y responder a sus preguntas. Guardas el silencio que la ley te concede, pero no puedes evitar un juramento cuando la sábana levantada descubre el rostro de la mujer que destrozó tu vida. Aún has de sonreír con sarcasmo cuando te preguntan si la conocías, si fuiste tú el homicida.

Y aunque tú no lo harías, aunque en el fondo sabes que nunca podrías haber hecho lo que ahora confiesas, respondes que sí, que la perseguiste y la mataste porque te abandonó, hastiada de su juguete.

Todos los fantasmas tienen nombre y has comprendido que estás condenado a vivir y morir perseguido por el de Sonia.

LAS CONSTELACIONES INVERSAS

Te sentías nadie y querías irte. Durante muchas noches me observaste, sentado en el borde de la cama, buscando mi mano en la penumbra, deseando transmitirme con tu gesto la decisión que, cobarde, no te atrevías a expresar en alto.

Hasta que un día, tomando prestados los redaños que no tenías, abriste la puerta y desapareciste por ella, dejando atrás lo que en tu interior ya habías calificado de rémora. Pusiste rumbo a la gran ciudad con su puerto, y subiste al barco que te llevaba al espectáculo de otras constelaciones bajo las que quedarte dormido.

Después de veinte años, hoy regresas. Escondes las manos en los bolsillos; nunca supiste ocultar tu nerviosismo. Rehúyes mi mirada al tiempo que aceptas mi taza de café, y tus ojos se pasean por los azulejos, admirado de que el tiempo se haya detenido en aquella cocina, asombrándote de que aún conserve la misma loza, las mismas sillas.

Dices que yo siempre disculpé tus errores y que por eso estás aquí. Deseas relatarme tu vida en otro continente, una aventura plagada de sinsabores desde el principio. Aunque, tras una pausa, termines confesando avergonzado que buscaste refugio y consuelo en los besos de papaya y los brazos de canela de otra mujer. Sin embargo, acabas afirmando que nunca me olvidaste y, ahora que nadas en la abundancia, ardes en deseos de demostrarme cuánto me quieres, cubriéndome de regalos.

Me juzgas, una vez más, equivocadamente. Creíste, como el iluso que siempre has sido, que te esperarías tejiendo como una Penélope doliente. Por eso, cuando el reloj marca las cinco y media, y tres voces infantiles irrumpen en la cocina, abres los ojos con un espanto incrédulo.

Al menos tienes la decencia, cuando mis hijos te interrogan sobre tu identidad, de responderles con la verdad que ha dirigido tu vida: no eres nadie y ya te ibas.

LA DISTANCIA EN CENTÍMETROS DE LA SOLEDAD

Cincuenta centímetros

mide el mostrador que me separa del dependiente que me atiende en estos momentos. Es de mármol rosado, pulido y brillante, a tono con la columna situada al otro lado y en la que luce un sencillo reloj redondo.

Pienso:

Tempus fugit (era el mensaje de cuadros como aquel de Valdés Leal, donde un esqueleto portando una guadaña nos mira recordándonos que de un solo golpe se apaga la vela que representa a la vida, mientras sus tarsos y metatarsos pisan el suelo alfombrado de objetos símbolo de los poderes terrenales).

Continúo pensando:

¿Por qué aquí no hay cuadros que revistan las paredes?

Y es que el tanatorio en el que me encuentro, con cincuenta centímetros de lisa superficie de mostrador separándome de la persona que me atiende al otro lado, sólo exhibe una fría superficie de mármol en sus muros, sin apliques, sin cuadros, sin adornos. Ese reloj de forma circular (¿es circular la vida? ¿es un símil de un arquitecto postvaldeslealiano?) en la columna de detrás del mostrador es la única excepción. Miro la hora y noto al fin la impaciencia del hombre al otro lado, en forma de ondas expansivas (y otra, y otra) de malestar. Una sucesión de círculos concéntricos iniciados en el epicentro de su mirada.

- ¿Deseaba usted?

Pienso:

Deseo morir.

Pero no puedo replicarle eso. Al menos, no debo decírselo así de abruptamente. Rompería el sosiego de la arquitectura que me circunda. Abriría grietas en alguna pared inmaculada.

Y respondo en voz alta:

- ¿Cuáles son los modelos de féretro para una persona como yo? (mido uno noventa y cinco metros y peso ciento tres kilos).

Y él, buen profesional, sólo enarca una ceja antes de extraer un catálogo donde puedo ojear los ataúdes que salvaguarden mi soledad última.

Setenta y dos centímetros

de largo tiene la pala con la que, simbólicamente, arrojo un puñado de arena sobre la caja de madera. Luego extendiendo el brazo y le paso la herramienta a mi hermana, que repite mi gesto. Somos cinco en el semicírculo y pronto todos hemos cumplido con nuestra paletada. Con apenas unos puñados la caja ha quedado completamente cubierta.

Clavo la pala en el suelo y apoyando la barbilla en ella (no tengo que inclinarme mucho, sólo tengo quince años), fijo los ojos en el montículo de tierra bajo el que acabamos de sepultar a *Rob*.

Es cierto que sólo era un perro. Que, de hecho, los únicos que le rendimos ahora homenaje somos sus dueños (mi hermana y yo) y tres amigos vecinos con los que compartimos las travesuras de nuestro cachorro.

Los mayores aseguran que no tiene alma y que, por lo tanto, no hay que hacer tantas ceremonias para enterrarlo. Pero después de decir esto, mamá nos ha traído una caja de madera donde cabía perfectamente el cuerpo minúsculo de *Rob*. Y papá ha cavado un pequeño hoyo en el jardín delante del árbol que *Rob* marcaba siempre como su territorio. Después nos ha dejado la pala.

Todavía ahora, mientras clavo con fuerza la barbilla en el mango, conteniendo las lágrimas que tengo ganas de dejar libres, pienso en el lugar al que *Rob* irá.

Aunque no le admitan en el Cielo por no tener alma, soy incapaz de imaginarme la farola a la cual le dejarán atado, sólo, en la entrada, esperando que su dueño venga a por él.

Ochenta y un centímetros

es la distancia entre mi asiento en el avión y el de mi vecino de delante. No ha dejado de rebullirse todo el tiempo, haciendo temblar el respaldo cada vez que cambiaba de posición.

Sólo una vez me ha mirado con aire de disculpa, cuando se ha dado la vuelta y me ha pedido permiso para echar el asiento hacia atrás. No he sido comprensiva y le ha bastado mi breve instante de vacilación para desistir de la idea. “No importa, déjelo”, ha dicho. Me he sentido incivilizada, egoísta y cómoda. Pero no he cambiado de opinión y no he dado dos golpecitos en su hombro para invitarle a hacerlo. Cuando llegó el verdadero arrepentimiento el momento de cortesía ya había pasado.

No hay nadie sentado a mi lado y ya es la segunda vez que me sucede. Quizá es porque llego demasiado pronto a los aeropuertos y luego debo aguardar durante más de una hora el turno del embarque.

Esta vez he decidido llamar a casa y dejar un mensaje en el contestador. Al menos para poder oír una voz humana cuando regrese.

Reconozco que se me echan las paredes encima desde que dejé pasar aquella ocasión de invitarle a entrar. Pero él no ha vuelto a intentarlo y seguramente es mejor así.

Las existencias solitarias, cuando transcurren entre aeropuertos y salas de espera, son vidas compartiendo un mismo vacío inconexo.

Dos centímetros

de grosor tienen los cristales de mi ventana. A través de ellos he visto, en estos últimos tres meses, los sutiles cambios que se han producido en los que habitan los chalets de enfrente.

Por ejemplo, el progresivo deterioro de aquel vecino tan alto, de casi dos metros de estatura, al que su mujer abandonó hace unos meses y del que se dice que no sale de su depresión.

O aquel niño y su hermana pequeña, que reían jugando por la acera con aquel gracioso cachorro de raza Scottex regalado unas Navidades, y al que hace unos días atropelló un coche.

O la mujer que vive sola en la casa de la esquina, que tiene un coche impresionante y un trabajo que le hace ausentarse constantemente. Por eso nunca ve al hombre que, de tarde en tarde, pulsa el timbre de su puerta y se vuelve de vacío.

O yo misma, que les observo desde la ventana que esconde mis miradas y mi cabeza rasurada, ésa que no quiero mostrar al mundo, ni siquiera oculta por un pañuelo como un símbolo de lucha. He elegido parapetarme aquí, en el reducto de mi cuarto, entre fotos de lo que un día fui, sin espejos que me devuelvan la imagen de unas mejillas descarnadas.

Prefiero seguir así, quizá siga así hasta el fin, interponiendo dos centímetros entre mi soledad y el mundo.

VARADERO

Lo que más le intrigaba de aquel sueño que se repetía noche tras noche era la nitidez con que podía leer el nombre de aquel lugar, “Varadero”, resaltado por tubos de neón intermitentes. En el sueño Álvaro traspasaba el umbral de aquel sitio y entraba en una cueva amueblada con largos sofás blancos orientados a una gigantesca pantalla de plasma y un gran espacio libre para bailar: una especie de sala de fiestas con karaoke.

Noche tras noche, en sus sueños, Álvaro acudía allí, siguiendo una voz femenina de una increíble riqueza de matices. Hasta que, en un momento dado, el canto enmudecía y él se despertaba en medio de su cama de sábanas revueltas, con una especie de náusea que le amargaba la garganta por haber perdido la música de aquella voz.

Un día decidió comprobar la sospecha que empezaba a nacer en su mente, y que un Páginas Amarillas le confirmó: existía un local llamado “Varadero”. Cuando aquella noche acudió a la dirección, fue como revivir su ensoñación. Todo era igual: el nombre luminoso que espantaba las sombras, la entrada de boca de cueva, los sofás blancos en el interior. El lugar estaba lleno de gente, al contrario que en su sueño, y en la pantalla de plasma Jennifer López bailaba “Como ama una mujer” mientras una emocionada jovencita, de pie con el micrófono al lado del sofá de sus amigas, cantaba las letras que desfilaban por la pantalla. Álvaro sintió una punzada de desilusión al no reconocer en ella la voz que le había torturado durante las últimas noches.

—Usted ha venido por el sueño —oyó que alguien le decía—. Usted ha venido buscándola a ella.

Álvaro giró con sorpresa y contempló al barman, un hombre de mediana edad que amagaba limpiar un vaso mientras le clavaba sus ojos oscuros.

—¿Sabe dónde puedo encontrarla?

—Por supuesto —respondió con una mueca—. Pero no tengo interés en ver condenarse a otro inocente. Lo mejor que puede hacer es irse y olvidar este lugar.

Ambos hombres midieron sus ojos en un mudo duelo.

—Vendré todas las noches hasta que la vea —amenazó Álvaro—. ¿Quién es usted para impedírmelo?

El otro se encogió de hombros mientras respondía:

—Su marido.

Álvaro regresó cada noche a partir de aquel momento, y se acodó en la barra para hacerse amigo del único que parecía comprender el desdichado sueño que continuaba importunándole. Consiguió saber que él había conocido a Mara en unas vacaciones en Creta, una beldad griega de la que ya no supo separarse. Se la llevó a Madrid y allí comenzaron sus conflictos. Ella no dejaba de insistir en regresar a Creta, pero Roberto (el barman) no tenía otro modo de subsistencia que aquella sala de fiestas, así que se negó. En el fondo, lo hacía por un único motivo: tenía miedo de que ella lo abandonase al regresar a su tierra.

Por fin, una noche de confidencias, Álvaro consiguió averiguar dónde estaba Mara. Roberto le confesó que, dos meses atrás, ella había sufrido una especie de ataque epiléptico y había caído en un extraño coma. Él la visitaba a diario en el hospital, pero no mostraba síntomas de recuperación. Sin embargo, desde aquel momento, comenzaron a presentarse hombres en Varadero, contando que en sueños habían estado en aquel lugar, escuchando

la melódica voz de una mujer. A todos consiguió despacharlos, con la excepción del propio Álvaro.

—¿Y tú que crees que significa ese sueño, Roberto? ¿Realmente Mara posee una voz así?

—Sí, ésa es la voz de Mara —reconoció él—. Ella canta en vuestros sueños para que vengáis aquí y me convencáis de liberarla, de permitirle regresar a Creta.

Álvaro no pudo evitar sentir un escalofrío.

—Entonces, ¿qué te detiene?

Roberto le contempló con una mezcla de sorpresa y desprecio, y finalizó la confidencia con un airado gesto:

— ¿Es que no lo has entendido, estúpido? Mara es una sirena; ella y yo somos prisioneros de su hechizo. Si nos separamos, moriremos los dos. No, ella se queda aquí, conmigo. Éste es su lugar. Sirena varada, éste es tu lugar.

EL CAMELLERO DE AGMAT

*Se enroscan en mi pierna como una víbora;
Me muerden con dentelladas de león.
¡Mira, aunque tus grilletes estuviesen cubiertos de pelo
mis palmas y mis muñecas arderían!
Yo era aquel que con su riqueza o con su espada
llevaba a los hombres al Paraíso o al Averno.
O aquellas que nos hablan de la añoranza de la patria perdida:
¡Dios decreta en Sevilla la muerte mía,
y allí se abran nuestras tumbas en la Resurrección!*

Muhammad ibn 'Abbad al-Mu'tamid (1040-1095)

El sol decae, diluyéndose en cobre en el horizonte oculto por las montañas. Un anciano camina con paso tardo por el camino terrizo hacia el pozo, escondiendo su rostro bajo el sudario que completa su atavío de camellero. Se sienta junto al brocal de piedra y se asoma un fugaz instante a la boca que semeja una pupila gigante. Retira la vista y comienza su tarea. Lenta, morosamente, tira de la cuerda que eleva el cubo, acompañado por el chirrido quejumbroso de la carrucha. Sin embargo, cuando ya ha alcanzado el extremo, no acerca ansioso los labios hacia el agua fresca. Sólo se preocupa de sujetar el cubo contra su cuerpo magro, mientras sus ojos se quedan prendidos en la bóveda del cielo y su boca abierta reclama saciarse de la belleza de la puesta de sol.

El camellero no está solo. A distancia le acompañan dos figuras oscuras que, desde hace tiempo, le han concedido por tácito acuerdo el tiempo de libertad que disfruta el anciano junto al pozo, justo antes de la anochecida. Un tiempo en que él sólo cierra los ojos y musita frases que a ellos les llegan transportadas por el viento seco de Marrakech.

Pero ese atardecer es distinto. Un chiquillo del poblado se ha acercado también hasta allí en busca del precioso elemento. Sus movimientos ágiles se han ido ralentizando, distraídos, arrobado por la cantinela que recita el mísero anciano sentado junto al brocal. Las figuras oscuras hacen entonces ademán de acercarse, pero el viejo camellero lo percibe y alza su mano huesuda con un gesto que busca frenarles. Hay un mudo duelo de pupilas, apenas el intervalo de un suspiro, y vence el anciano. Los hombres retroceden de nuevo a las sombras, pero se adivina que seguirán con el oído atento los murmullos del anciano.

Hace meses que éste no habla con nadie, más que con sí mismo. Tiempo hace también que emplea un único lenguaje, la poesía en casidas. Por eso, los oídos embotados de sus guardianes no perciben diferencia en el nuevo soliloquio que el hombre comienza a mantener en voz alta y que está destinado al humilde muchacho que se ha acercado esa tarde al pozo.

Aquel acontecimiento se repite a lo largo de muchas tardes, convirtiéndolo en rutina permitida. Todas las puestas de sol coinciden en aquel lugar el hombre anciano ataviado de camellero, las dos sombras oscuras que le escoltan y el muchacho llamado Ahmed que bebe sus palabras como el agua la arena del desierto.

Día tras día, los poemas del anciano le desvelan a Ahmed la increíble historia de un rey. El camellero habla a veces de ese soberano con ternura y conmiseración; otras, con enfado. Pero siempre, con la admiración de fondo

por el destino que le tocó vivir. Aquel gobernante no estaba destinado a reinar, por lo que Allah le concedió un don con el que entretener sus horas, y le nombró conocedor y hacedor de poesías. Más la ambición del hermano mayor desató la cólera del padre de ambos, el cual hizo ajusticiar al primogénito rebelde. Fue entonces cuando el poeta se encontró con un cetro y una corona que no buscaba, pero que no tardó en tentarle.

¿Cómo no iba a ser así, puesto que se le ofrecían las frutas de Qurtuba e Ishbiliya, codiciadas joyas en Al-Andalus? La última de estas ciudades se convirtió en su sede, y en uno de los temas principales de sus poemas. El otro tema fue su gran amor, la esclava de Rumayk, una bellísima conductora de acémilas que obtuvo el puesto de honor en el corazón del rey después de ganar un improvisado lance poético. Emuló al gran amigo y poeta Ibn Ammar cuando, en un paseo a orillas del Guadalquivir, éste no supo responder a la rima que el monarca comenzaba refiriéndose al río: "El viento teje lorigas en las aguas". Llegó entonces la respuesta fresca, vibrante, de la anónima poetisa escondida entre los juncos: "¡Qué coraza si se helaran!". Su "Rumaikiyya" se convirtió en reina y recibió el nombre de I'timad, aunque todos la llamaran la Gran Señora.

Su amor por ella le hizo grande y débil al mismo tiempo, tan intenso era. Pero les unía la pasión por las letras y un común deseo de hacerlas prosperar en aquella corte de Ishbiliya. Hubo penas, cómo no, la tragedia siempre aparece cuando el personaje es poderoso. Guerras, hijos varones que fallecen en las mismas, una hija vendida y, con la derrota, el camino del destierro. El deshonor duele, pero pesa más aún ver el sufrimiento de los que le acompañan: su fiel compañera I'timad y las dos hijas que le quedan, expulsadas igualmente, pero a las que mantienen incomunicadas de él.

Agmat, a escasa distancia de Marrakech, es el destino de aquel viaje sin retorno, le revela el camellero a Ahmed, sentado aquella tarde junto al brocal del pozo. Agmat es, también, el lugar donde ambos, anciano y muchacho se encuentran en ese preciso momento. Pero el joven no se sobresalta ante la revelación, como el hombre preveía, al unir cabos y adivinar la verdadera identidad de su interlocutor. Al contrario, los ojos de ambos se encuentran por primera vez, sin disimulos, sin importarles la reacción de los dos guardias que acompañan al ex-monarca al-Mu'tamid, ataviado como un humilde camellero, hasta su paseo diario al pozo.

Las miradas se encuentran y lo revelan todo. Ahmed está allí por indicación de I'timad, para que sirva de puente entre ambos, para que contando su historia a aquel muchacho, el anciano mantenga viva la esperanza y quede cierto en el cariño de su familia.

Los guardias están desconcertados por aquel intercambio de miradas, fugaz pero intenso. Pero antes de que se pongan en movimiento, Ahmed ya se ha ido para no volver, satisfecho de la misión cumplida.

EL PLAGIADOR DE LÁPIDAS

Hace tres días de tu primera visita a este lugar y desde entonces te vengo observando. Abstraído en tu labor -¿macabra?- de anotar los nombres y las fechas de las más de trescientas lápidas de este cementerio.

Sé por qué lo haces, conozco las razones de tu proceder. Con más certeza aún que las mías propias para seguirte, para acompañarte de incógnito en tu recorrido, a distancia, escondiendo mi sombra tras la fría piedra de estatuas de ángeles con alas replegadas y Vírgenes orantes. Ocultándome cada vez que te detienes y asomando el iris vigilante, lo suficiente para captar en rápidos fogonazos de pupila tu faz aniñada que desdice de tu veintena ya cumplida. Usas gafas, como el intelectual que te presupongo, aunque éstas se deslicen con la pendiente de tu nariz griega y debas ayudarlas con un gesto mecánico y despreocupado a recuperar su posición. Es junio y el sol ya entibia, arrancando brillos de ala de cuervo de tus mechones rebeldes, demasiado largos para permanecer inmóviles sólo con la ayuda de unas pasadas de gomina. Tu atuendo ya luce arrugas del triduo al que lo has sometido. El mismo jersey rojo, ahora echado sobre la espalda, los mismos vaqueros azules y la camisa de finos cuadros, remangada hasta el codo.

Ni siquiera tarareas o murmuras, pendiente tan sólo de la libreta que se aloja en la cuenca de tu mano, en la que garrapateas con un castigado lápiz los datos que precisas. Apenas un minuto para registrar el nombre o nombres -a veces es un matrimonio o una familia- de los que comparten sepultura, y luego permaneces mirando reflexivamente aquellas letras que la personal fortuna prescribió que fuesen en plata, latón dorado, relieve o hendidura. En ocasiones una foto enmarcada en un óvalo rompe la orfandad de las letras sin retrato, una instantánea perturbadora que limita la avalancha de posibilidades

que tu mente interrogadora hubiese formulado. Más que una ayuda, un contratiempo que acota tu imaginación y le hace ceñirse a unas coordenadas mucho más restringidas.

El universo parece finito tras los cuatro muros que encierran la soledad eterna de la necrópolis, pero cada nicho, sepulcro y tumba es una puerta abierta a otro mundo. Cada lápida lleva escrito el título de una historia diferente. Y ése es tu objetivo, tu meta, tu tarea, la razón de que estés aquí en este camposanto, anotando datos en tu libreta gastada: buscas tejer de nuevo, con las fechas y los nombres que se te ofrecen, el tapiz vital de aquéllos que yacen bajo las losas, seguro de que tu plagio no será jamás reivindicado, que podrás discurrir mil y una variaciones de esa materia prima, modelando un cosmos original e inédito a ojos ajenos, sin miedo a que el verdadero autor reclame los años que reescribes con tu firma.

En tu primer día trazaste un itinerario ordenado que has ido siguiendo con impecable precisión alemana, siguiendo las filas como si fuesen calles pares e impares, y no avanzando sin haber explorado los portales de derecha e izquierda. Sé qué lo haces por temor a obviar algún lazo familiar entre ellos.

Mientras avanzas, confirmas aquella primera impresión de espacio cósmico. Aquí hay estrellas, solitarias algunas de ellas, muchas otras con posibilidad de ser unidas mediante un trazo imaginario, dibujando peculiares constelaciones en el suelo. No tendrán formas evocadoras, pero tú las nombrarás de modo inigualable, al hilo de la trayectoria que describas para sus vidas: *Elisa Tercera*, *Alberto y Roberto los gemelos*, *Adela la pionera*, *Pedro el ermitaño*, *Tomás el fiel*, *Enedina la valiente...* guiado por tu instinto, por sus nombres, por los años que viven, por sus epitafios, por la época que conocieron, por el color de las lápidas, por los monumentos que honran las

losas, por la tonalidad del mármol, por las flores –de plástico o reales- que yacen ofrendadas sobre la sepultura.

Y así, durante tres días, al ritmo de un centenar de túmulos diarios, por fin te acercas al lugar que yo aguardaba desde el principio de tu recorrido. A la esquina donde aún no reposa nadie, pero que está acondicionada para ello. Es el Rincón de las Lápidas Sin Nombre, una página verdaderamente en blanco, que tú puedes escribir sin miedo a copiar existencias ya vividas.

Allí te detienes un momento, anotas algo y te das la vuelta, descubriéndome. Yo me he acercado con la intención de traducir a sonido audible todos los pensamientos que me han perseguido estos tres días. Quiero decirte tantas cosas, pedirte sobre todo que escribas también una historia para mí, aunque no repose todavía bajo una losa. Una en la que yo no sea la persona anodina que parece burlarse de mí desde el espejo cada vez que me contemplo, sino alguien realzado por la mirada de otro. Me gustaría incluso oírla en este momento de tus labios, que están abiertos e intentan sonreírme nerviosamente a la vez que recoges hacia atrás –sin éxito- un mechón de pelo oscuro. Desearía, sí, no ser cobarde, pero te he seguido durante tanto tiempo en el anonimato que romperlo ahora me resulta muy difícil, por no decir imposible.

Así que me contento con señalarte con un dedo, una sonrisa y una mirada, donde se aúnan la niña, la joven y la mujer madura que hace tiempo dejé atrás, una lápida en blanco y decirte:

-Ésa es la mía.

Esperando que algún día recuerdes dónde estaba, y escribas algo sobre mí.

* *

Nacho abrió el sobre que iba unido a una esquila mediante un clip. Antes había ojeado el nombre de la persona fallecida: Teresa Sánchez, 79 años, 1928-2007, sacudiendo la cabeza mientras lo leía. Aquel nombre no le decía nada. ¿Por qué entonces aquel abogado se había empeñado en hacerle llegar esa carta? Con mucho cuidado, extrajo el pliego y sus ojos recorrieron las breves líneas:

“Estimado Ignacio:

Esta carta está fechada en 2006, después de nuestro primer y único encuentro en el Cementerio del Carmen. He conseguido tus datos del Archivo del cementerio, donde sé que fuiste a colaborar como estudiante universitario para ordenar los registros de las personas fallecidas y enterradas allí. Me dijeron también que, al faltar ciertos apuntes, decidiste volver a copiar todo de nuevo, yendo a buscar los datos originales y recopilándolos. Yo te observé por casualidad el primer día y debo confesar que pensé que dedicabas un tiempo inusual a tu tarea. Siempre me ha gustado demasiado fabular, así que debes perdonarme este comentario que te voy a hacer si me equivoco en mis suposiciones, pero me pareció que “hilvanabas” las historias de los que allí moraban. Aprecio mucho los buenos relatos y como te creo –te presiento– con capacidad narrativa, desearía formularte una petición. Aunque absurda, es realmente seria.

Por favor, Ignacio, cuando fallezca, inventa una historia para mí. Creo haberte dicho cuál era mi tumba. Si no lo recuerdas, ni te molestes en cumplir este favor. Pero si sabes quién soy y de lo que hablo, te pido como voluntad póstuma este deseo.

Eternamente agradecida,

Teresa”

Nacho permaneció silencioso al terminar de leer la misiva, con la mirada perdida en el horizonte. De pronto esbozó una sonrisa. Había recuperado el recuerdo fugaz de la figura floreada de una anciana de ojos brillantes. Ella le

señalaba una losa mientras pronunciaba una frase que en aquel momento le sobrecogió, y ahora entendía.

-Ésa es la mía.

Con la sonrisa aún bailándole en la boca, tomó papel y empezó:

“Hace tres días de tu primera visita a este lugar y desde entonces te vengo observando. Abstraído en tu labor -¿macabra?- de anotar los nombres y las fechas de las más de trescientas lápidas de este cementerio.”